

Infancia y modernidad: los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional

Salomón Magendzo

Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, PIIE

Los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional (TILNA), son alrededor de ciento veinte talleres que funcionan a lo largo de todo el país en ciento noventa y siete comunas y representan la materialización del esfuerzo de un organismo no gubernamental, el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE), por implementar, en convenio con el Programa Preescolar MECE (Mejoramiento de la Calidad Educacional) del Ministerio de Educación, un programa capaz de concertar a educadores y auxiliares de párvulos, madres y jóvenes, técnicos, promotores, dirigentes y otros profesionales que trabajan en favor de la infancia menor de 6 años, en una determinada localidad.

Todas esas personas reflexionan acerca de la situación de la niñez e intercambian experiencias con el fin de visualizar su localidad con una mirada atenta, que les permita descubrir lo que ella ofrece y, como consecuencia de ello, generar proyectos en beneficio de la infancia.

Todo se hace de una manera participativa y colaborativa, en que las instituciones especializadas en educación preescolar y las organizaciones sociales trasciendan su pertenencia particular y se integren a los TILNA. Pretendemos que éstos lleguen a ser un motor mancomunado, un cuerpo

vivo que tenga presencia local y aborde el tema de la infancia de manera holística, desde los mismos actores locales preocupados por ella.

Al decir que los TILNA van a generar proyectos en beneficio de la infancia, estamos refiriéndonos en concreto a acciones específicas que puedan enriquecer prácticas, tradiciones, comportamientos, expresiones culturales y artísticas, resultado de la interacción entre las personas que viven en una comunidad y su entorno geográfico, físico o climático, así también de su historia, valores y creencias.

Por lo tanto, la ejecución de estos proyectos por parte de los TILNA no está dirigida a compensar deficiencias o carencias, que las comunidades siempre padecen, sino a lograr potenciar fortalezas que poseen las familias y las localidades en pro de la infancia.

Este énfasis que deseamos darle a los proyectos que los TILNA generarán no desconoce el cúmulo de carencias que pueden existir en la comunidad, sino que plantea que si ésta es capaz de visualizarse positivamente, valorizando sus fortalezas y abocándose a enriquecerlas y potenciarlas, sería también capaz de enfrentar sus carencias con una mirada completamente distinta a la que puede

tener a través del enfoque clásico de desarrollo de proyectos compensatorios.

Sabemos que en el sentido común y la vida cotidiana perviven mezclados y comprometidos elementos "positivos" y "negativos"; por tanto, no es fácil diferenciar aquello que se muestra fértil de aquello estéril y perturbador.

Guadamuz (1991) aborda este fenómeno expresando que no existe ninguna cultura popular "suicida", o sea, que en el marco de sus relaciones inmediatas de sobrevivencia siempre están presentes valores en pro de la vida y su ampliación.

Prácticas como la medicina tradicional, la fiesta popular, el trabajo comunitario, etc., constituyen respuestas aprendidas históricamente que hacen frente a la reproducción. A estos núcleos de valores "positivos" dentro del sentido común suele llamárseles "núcleos de buen sentido", sólo que ellos no aparecen materializados en la práctica. Se trata, entonces, de un conocimiento latente o "dormido" en el recuerdo de viejos luchadores, de antiguos maestros de pueblo, de otrora florecientes artesanos innovadores que plasman la relación cotidiana con los objetos, etc.

Al respecto, Myers (1992) enumera un conjunto de ventajas y fortalezas que ambientes "desaventajados económicamente" poseen, y que repercuten favorablemente en el desarrollo del niño.

Por ejemplo, una comunidad rural puede correr grandes riesgos por la presencia de enfermedades como el tífus, la hepatitis, el cólera o las condiciones de hacinamiento; sin embargo, por poseer el niño una familia y comunidad integrada y adaptada al contexto ecológico y social, puede tener ser provisto de un ambiente que satisfice sus necesidades psicosociales, que le permite crecer sanamente a pesar de los riesgos físicos antes descritos.

En consideración con todo lo anterior, la propuesta TILNA procura:

- (1) Favorecer la creación de un espacio de intercambio y construcción colectiva, entre todas aquellas personas que tienen que ver directamente con la infancia.
- (2) Reconocer el aporte de los sectores con los cuales se trabaja, promoviendo el encuentro entre la diversidad de cultural que puedan encontrarse en la comunidad. Creemos que

éste es un aspecto que se debe considerar para la transformación real y positiva de las condiciones de vida de la infancia.

- (3) Utilizar metodologías participativas que permitan a los padres y madres de familia y a la comunidad incorporarse activamente en el quehacer de la infancia en proyectos comunitarios.
- (4) Proponer formas de trabajo que favorezcan el aumento de los niveles de participación, promoviendo un grupo que permanezca en el tiempo, que desarrolle su autonomía y que participe en el proceso de toma de decisiones, es decir, que tenga una fuerte capacidad propositiva y de gestión.
- (5) Desarrollar en los TILNA y la comunidad la capacidad de observación y descubrimiento de todas aquellas expresiones comunitarias que favorecen el desarrollo del niño y la niña, con el fin de dinamizarlas, enriquecerlas y potenciarlas.

Definido lo que son los TILNA, se hace necesario perfilar la posición que tienen éstos en relación al debate de la modernidad y su relación con ella.

Es necesario que los que estamos implementando los TILNA, coincidiendo con Garretón (1993), no confundamos la modernidad con una forma particular de modernización o con la vertiente occidental, ya sea del predominio exclusivo de la razón instrumental, ya sea del imperio de la cultura de masas articulada por los medios de comunicación.

Este enfoque de la modernidad protagonizado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial se materializa a través del "desarrollismo". En esta tendencia, la vida social se comienza a ver como un objeto de planificación que puede alterarse mediante acciones programadas a las que no interesan para nada las esencias últimas de la vida social, sino la implantación de los indicadores relevantes para identificar las transformaciones deliberadamente pretendidas (Rivera 1993).

La modernización, como dice Rivera (1993), es una simple opción tecnológica para el futuro y no se ajusta con el pasado en relación a un ethos cultural particular.

Cabe destacar, además, que es imposible desprenderse de las imágenes que aparecen acerca de la modernidad desde el siglo quince, causando catástrofes tras catástrofes sociales de tal magnitud que todo un modelo de civilización occidental parece en crisis. Los movimientos totalitarios, sea el movimiento nazi, el estalinismo, o el terrorismo del Estado de la Seguridad Nacional, son un reflejo en el siglo veinte de estas catástrofes.

Dicho lo anterior, vale recordar las utopías con las que por esencia ha soñado la modernidad, con el deseo de lograr la imagen de una sociedad perfecta, que comienzan con el liberalismo, siguen con el anarquismo y el comunismo y prosiguen con el antirracionalismo del nazi-fascismo y el neoliberalismo.

Aparece, sin embargo, para los TILNA, también otra forma como se expresa el modernismo: la modernidad latinoamericana que, sin desprenderse de su raíz occidental y de la herencia de la razón y de las instituciones que ésta vertiente ha legado, se vincula a la corriente de la expresividad, la comunicación, la relación entre sujetos, la imaginación, la estética, el impulso y la pasión (Garretón 1993).

Es decir, que a pesar de que los sistemas, ideologías monolíticas, han desaparecido, existen todavía grandes proyectos por delante. Según Garretón (1993), el gran desafío del mundo que viene es la socialización de la creatividad y la política cultural. Por tanto, la preocupación principal no será tanto el problema de la economía ni el de los regímenes políticos, sino los temas culturales, el tema del sentido, del lenguaje, de las formas de convivencia y comunicación, y la información.

Bajo el mismo prisma, Rivera (1993) considera que es necesario destacar de nuevo la vieja problemática de la identidad cultural ya planteada en los años veinte y treinta. Según Rivera, la modernización en América Latina, al igual que en Europa, fue antes un desafío cultural que estructural. La generación de intelectuales latinoamericanos de los veinte y treinta señala que la crisis de esos años es inteligible a la luz del proceso de desmembramiento de la unidad cultural iberoamericana. Para estos pensadores, la modernización era un proyecto de sociedad futura, basado en la reconciliación con la

herencia cultural posterior a la colonización española. Frente a la destrucción causada por la sociedad oligárquica al legado cultural latinoamericano, esa generación de intelectuales pensaba que el único desarrollo posible era aquel que rescatara la identidad cultural negada. Modernizarse era construir una nueva síntesis que asimilara, sin negar nada del pasado, la historia latinoamericana real (Rivera 1993).

No queremos plantear el discurso del rescate de la identidad cultural en una perspectiva utópica; más bien postulamos para él un sentido neopragmático, como el propuesto por Richard Rosty. Necesitamos, según Misgeld (1993), determinar qué nuevas ideas pueden hoy inspirarnos, ideas menos grandiosas o abarcadoras que las que prevalecieron durante el pasado reciente.

Dice Misgeld (1988):

No creo que exista un programa o técnica para lograr esto que no sea la comunicación constante y la presencia de cada uno de nosotros en el otro, un constante aprendizaje y reaprendizaje del vivir con otros en todos los dominios de la vida. Por tanto, dada nuestra historia, el cuento central no es el progreso, el desarrollo o la modernización. El verdadero tema de fondo es la redención. Esto significa que cualquier acción que realizas, cualquier palabra que pronuncias, es capaz de hacer nuestras existencias plenas y restituir las a una plenitud, sanidad y calidad de propósito que no tenían antes. Dondequiera que haya gente que tenga el privilegio de vivir de esta forma, sin herir a otros y sin tener que herirlos o herirse a sí mismos, tenemos una sociedad ideal. Sería una sociedad que Benjamin podría llamar una sociedad redimida. Es así, entonces, que el pragmatismo de Rosty implica que la única prueba de la calidad de una teoría puede encontrarse en la práctica (Misgeld 1993).

De este modo, ya no puede existir una concepción única del progreso social o de la evolución social de la cual pudiéramos derivar políticas sociales globales aplicables a todas las esferas sociales... deben conservarse tanto el principio de la resolución de conflictos mediante el discurso, esto es, el principio discursivo de la libertad de articular todas las necesidades y carencias, como el principio de la expresividad imaginati-

va. Estos principios expresan una esperanza práctica; no constituyen reglas de conducción política. En estas nuevas circunstancias, la política se transforma en una cautelosa pero incesante experimentación destinada a crear nuevas identidades sociales y nuevas formas de solidaridad dentro de las organizaciones populares y (quizá) también dentro de las comunidades utópicas... Tanto el aparato de autoridad pública, por un lado, como los grupos autoorganizados, por otro, necesitan aprender a transformarse en interlocutores en el discurso (Misgeld 1988).

Cabe destacar que en la situación presente en Chile, el proceso de la introducción de la modernidad está lejos de responder a una política coherente. Ello fundamentalmente porque el motor capital de la modernización es el mercado, y no decimos ninguna novedad si recordamos aquí que el mercado nunca y en ninguna parte ha sido un factor de cohesión social, y si más bien de confrontación y conflicto. Por ende, se requiere desarrollar políticas y mecanismos compensatorios que permitan ir construyendo la modernidad a la que aspiramos. (Conversación personal con Tomás Vasconi, octubre 1993).

Alcanzar lo anterior requiere voluntad política y planificación educacional. La idea de los Talleres de Integración Local a Nivel Nacional apuntan en esta línea. Sin embargo, y nuevamente coincidiendo con Misgeld, no podemos aceptar formas de planificación educacional que no den un sitio de preferencia a la afirmación de ciertos compromisos humanos básicos. La educación debería, en la práctica, desarrollar y reafirmar estos compromisos humanos básicos. Tendría que subordinar a este propósito el desarrollo de las competencias cognitivas. Misgeld cree que estos compromisos humanos son pocos y pueden entenderse universalmente como asuntos de importancia para todos los seres humanos: la finitud del ser humano y la interdependencia, es decir, la capacidad de creer en el prójimo. Agregaría a ellos el compromiso de la creatividad y la autonomía.

Todo lo anterior se ponen en juego en los TILNA a través de un proceso de investigación-participativa, que rescate aquellas expresiones culturales y genere en la comunidad pro-

yectos que vitalicen o potencien virtudes o fortalezas que las familias y la comunidad despliegan consciente o inconscientemente en pro del desarrollo de la infancia. Lograr identificarlas y dignificarlas representa justamente la posibilidad de potenciar la identidad cultural, eje fundamental para que un grupo humano, un barrio, una localidad, se reconozca a sí mismo en sus propias expresiones y el así hacerlo genere lealtades que permitan un mejoramiento de la calidad de vida para ellos. Los TILNA no están preocupados por trascender mayormente a la esfera social. No es fundamental que las prácticas sociales se comprometan en un esfuerzo utópico; al contrario, es en la riqueza de lo micro, en el quehacer de la vida cotidiana que se generan estos núcleos de buen sentido. Se podrá calificar a los TILNA por pragmáticos, que han perdido la visión utópica de la transformación social, pero debemos especificar que es justamente ésta la opción por la cual nos hemos decidido en una perspectiva, a lo mejor, moderna.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Guadamuz, Ernesto
1991 "La investigación-acción participativa: sus bases conceptuales y metodologías". *Abra* 15-16, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional, II Semestre.
- Myers, Robert
1992 *The twelve who survive*. London: Biddles Ltda.
- GARRETÓN, M. A.
1993 "América Latina: cultura y sociedad en el fin de siglo". Revista *La Piragua* 6. Santiago: CEAAL.
- Rivera, J.
1993 "Educación popular étnica y modernización". *CESO Paperback* 12/Educación Popular en América Latina. Santiago.
- Misgeld
1988 "Democracia y participación". Santiago: CERC.
- 1993 "Hacia un nuevo humanismo". Santiago: PIIE. 357